

La palabra y la inteligencia humana

Si contáramos cuántas veces pronunciamos y escuchamos la palabra ‘inteligencia’ los algoritmos enloquecerían, seguro que iban a cortocircuitar los neurotransmisores, y si al término ‘inteligencia’, lo acompaña el adjetivo ‘artificial’, las alarmas saltarían desbocadas sobre todo con la abreviatura tan siniestra, y para algunos, funesta: IA.

En corto o extendido, la IA o la inteligencia artificial nos invade: ya no resulta emergente ni está en ciernes: ha superado los pañales y campa a sus anchas, o sea, que ha llegado para quedarse, y mientras se recompone la disrupción que ha provocado, andamos peleando con ella y contra ella, indagando sus intenciones, descubriendo entresijos y pertrechándonos por lo que nos pueda afectar: en la universidad, en el supermercado, en el transporte y en el ocio, por ejemplo; expectantes por su alcance, suspirando de miedo y ansiedad, de ganas y de enfado ante sus consecuencias, difíciles de evitar, nos advierten, perdón, nos aseguran que no nos zafemos de ella; porque está claro que de alguna manera o de otra la IA la padeceremos en nuestras propias carnes.

Ahora bien, me interesa detenerme en la acepción 7 de la RAE al definir el vocablo ‘inteligencia’: “sustancia puramente espiritual” y si adjuntamos uno de los sentidos del calificativo ‘artificial’: “no natural, falso” ya tenemos el lío conceptual; una expresión bimembre cuando menos errática. Antítesis, contraste, paradoja, sinsentido, antagonismo...todo un acertijo morfológico de difícil resolución.

Tal vez, un buen remedio sería sustituir ‘artificial’ por el calificativo ‘humana’, a saber, inteligencia humana. Si reflexionamos, conlleva cierta tranquilidad, menos espasmos, mayor confianza y más creatividad, libertad propia y ajena, ausencia de adoctrinamiento, sin batuta transparente ni neuronas mecanizadas, tocar y sentir, palpar y estremecerse: con la punta de los dedos con la dermis y la epidermis. Por muy artificial, la inteligencia siempre humana.